

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1874. — Tomo XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 958.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

## SUMARIO.

**Revista española.** — Nuevo sistema de barricadas empleado por los federados en la plaza Vendome; grabado. — La guerra civil; grabados. — El telescopio de la plaza Vendome sirviendo de muestra de cantina; grabado. — Viaje á Holanda del caballero de Begy. — Descubrimiento de cadáveres entre los escombros; grabado. — Revista de París. — Poesías. — El Parlamento inglés; grabados. — Ulrico. — Las aventuras de mace Block; grabados. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — Problemas de ajedrez; grabado. — La evacuación de Neuilly; grabados.

## Revista Española.

Observaciones. — La religion. — Ocupaciones de la buena sociedad. — Historia de dos muelas. — El palacio de la verdad. — Libros. — Un nuevo poeta. — Un nuevo académico.

Desde que se ha declarado en España la libertad de cultos, se ha aumentado el fervor religioso de una manera considerable.

Prueba evidente de lo que digo es el espectáculo que ha ofrecido Madrid durante la Semana Santa, con que empezó el mes cuyos sucesos voy á referir á mis lectores.

Los templos estaban llenos de fieles y no habia púlpito desde el que no resonase la palabra de algun orador sagrado en medio de un numeroso concurso.

Antes de la revolucion, durante el juéves y viérnes Santo nó se permitia el tránsito de carruajes. Aquellos dias estaban consagrados á la meditacion y para demostrar que el cristianismo es la igualdad y la fraternidad, los ricos y los pobres, los dueños de lujosos carruajes y los que se ven todo el año obligados á recorrer el camino de la vida pèdibus andan-

do, se confundian en las calles al visitar las estaciones. Pero vino la revolucion y dejó en libertad á los cocheros para salir ó estarse en casa. Durante el primer año hubo algunos carruajes de alquiler recorriendo las calles.

La indignacion del mismo pueblo que habia contribuido al triunfo de la revolucion fué extraordinaria.

Este año, á pesar de la libertad, se ha observado fielmente la antigua costumbre, y todo en aquellos dias consagrados á conmemorar la Pasion y Muerte de Jesucristo, daba á Madrid el aspecto de una poblacion eminentemente religiosa.

Tambien ha sido este año muy copiosa la cuestacion hecha por las damas de la aristocracia, en favor de los establecimientos de beneficencia.

Entre todas las mesas que habia en la puerta de los templos, se han sacado para los pobres mas de 20,000 duros.

Como algunos dias antes de la Semana Santa se habia suscitado la famosa cuestion de las mantillas y peinetas, de que ya hablé á mis lectores en la anterior revista, esperábase con gran curiosidad el juéves Santo, porque se aseguraba que en ese dia, no solo las aristocráticas damas sino hasta las mujeres del pueblo, lucirian la airosa mantilla española.

Sin embargo; como la política se habia aprovechado

de este capricho de la moda para producir un conflicto, las mantillas no salieron de casa, siendo reemplazadas por las previsoras y prudentes damas, con el velo español y el sombrero francés.

Tambien se esperaba que en la primera corrida de toros que debia celebrarse el domingo de Pascua vestirian de majas las damas de la nobleza, pero, lo repito, han querido evitar disgustos á sus esposos y á sus acompañantes, y han dejado para mejor ocasion conceder sus favores á la mantilla.

Durante la Semana Santa se trasladaron á Sevilla algunas familias de las mas distinguidas de la córte, con el objeto de disfrutar con las funciones de aquellos dias, de la feria y el hermoso clima de aquella poblacion.

Las procesiones no han sido este año tan notables como en los anteriores.

La feria, sin embargo, ha estado muy concurrida habiéndose hecho en ella importantes y numerosos negocios.

Lo que mas ha llamado la atencion ha sido un magnífico caballo de cuatro años, tordo, y notable por sus proporciones, alzada y gallarda estampa. Este animal ha sido tasado en 5,000 duros.

Reanudemos nuestra revista de salones de Madrid.

Las lecturas y las funciones teatrales han ocupado y preocupado á lo mas distinguido de la sociedad madrileña.

Vuelve á estar en boga la antigua costumbre de que los poetas leyeran sus versos en los salones.

Los dos que se distinguen mas, no solo por el mérito de sus obras sino por lo bien que las leen, son Campoamor y don Pedro Madrazo.

El primero ha leído en medio de los mayores aplausos sus *Doloras*, *los Tres Problemas* y *el Tren Expres*.

Tambien Zorrilla, el célebre poeta que va á pasar en Roma una temporada, ha leído un fragmento preciosísimo de su poema *el Cid*, en los salones del señor Ochoa, antes de partir para la ciudad eterna.

Han estado muy en boga los cuadros vivos y en casa de la señora de Luxan se han ejecutado, segun dice un testigo ocular, los siguientes:



LA GUERRA CIVIL. — Nuevo sistema de barricadas empleado por los federados en la plaza Vendome. (Véase el artículo en la página 340).



sola batalla uno de los primeros puestos en el Parnaso Español, con su precioso drama en un acto *la Capilla de Lanuza*.

Mis lectores saben que Juan de Lanuza fué el último Justicia de Aragón y que pereció en un cadalso.

El cuadro de esta composición representa los últimos momentos de aquel ilustre patricio.

Tratándose de un poeta que empieza su carrera, no puedo menos de dar á conocer su mérito á mis lectores. Artal Jimenez, amigos y leales servidores de Lanuza inauguran el drama, recordando la situación en que se encuentra el Justicia Mayor.

En su diálogo traza admirablemente aquellas épocas gloriosas en que la libertad imperaba en España y la define así:

ARTAL.

... Sol brillante  
Fué la libertad un tiempo  
Á cuya luz se agrupaban  
En las márgenes del Ebro  
Los reyes con sus coronas,  
Los vasallos con sus fueros,  
La nobleza con sus timbres,  
Y todos formando un cuerpo.

Affigidos los dos compañeros de Lanuza, ven llegar á Argensola, el ilustre poeta y eclesiástico, que á su ansiedad responde exhortándoles á la resignación.

Al decir Artal que no hay consuelo para su alma, exclama:

Artal ¿para qué ese cielo  
Si no hubiera adversidad?  
El mundo tiene una historia  
Consagrada al heroísmo:  
Los mártires un bautismo:  
De sangre, despues la gloria,  
¿Qué es esto que lleva el nombre  
De vida? Viento, ilusión.  
Un alma y un corazón,  
Cuna y fosa, este es el hombre.  
¡Nace y llora, pisa abrojos,  
Apenas viene se va,  
Pues ni aun tiempo se le da  
Para enjugarse los ojos!  
¿Hay algo que no sucumba?  
Se abre una hoya... el cuerpo cede,  
Y antes de un año ya puede  
Servir de polvo á otra tumba.  
Tras la fosa, solo hay dos  
Verdades, y harto me fundo:  
¡La historia, premio del mundo,  
La gloria, gracia de Dios!

Esto solo basta para acreditar de inspirado poeta al autor de la obra.

El capitán que está de guardia en la prision de Lanuza, viene á aumentar el interés refiriendo una escena que acaba de presenciar y que sirve para dar á conocer los lazos íntimos que ligan á la vida al ilustre caudillo próximo á sucumbir.

Es tan fácil, tan galana y al mismo tiempo tan sencilla la descripción, que no quiero privar de ella á mis lectores.

Volvia yo del mercado  
Hace un instante, y ya cerca  
Del pórtico de esta casa  
Hallé en desigual pareja  
Un anciano venerable  
Y una joven hechicera,  
El viejo triste y lloroso,  
La niña mustia y perpleja,  
Él, jadeante y rendido,  
Temblorosa y débil ella.  
Parado quedéme al pronto  
Mirándolos con torpeza,  
Y aunque los miré despacio  
Solo conocí la inmensa  
Pesadumbre retratada  
En dos semblantes de cera.  
« Buen hombre, díjome el viejo  
Azorado de impaciencia,  
¿Corre don Juan de Lanuza  
Algun riesgo?... Sé le espera  
Quizás hoy mismo la muerte... »  
Y grave como la peña,  
Sin terminar la palabra  
Cayó desplomado en tierra.  
¡ Su muerte!... grita la joven  
Encorvándose frenética  
De dolor. ¡ Su muerte hoy mismo!

Y cual si punzante flecha  
Su corazón taladrara  
Cortándole la existencia,  
Así también cayó exánime  
Junto al marco de la puerta.  
Pasmosa mi alma de asombro  
Por tan imprevista escena,  
Y tanto fué el desconcierto  
Y tal mi confusión era,  
Que á no acudir la patrulla  
Que rondaba la plazuela,  
En tan apurado trance  
Los dos sin auxilio quedan.  
Rehícame poco á poco,  
Y ya por fin con serena  
Voluntad, presto y solícito  
Mandé franquear la celda  
Que sirve de portería  
Á esta cárcel, y en su estrecha  
Concavidad guarecidos,  
Les procuré la asistencia  
De la madre del portero,  
La cual me dijo en secreto,  
Que eran el viejo y la niña  
Personas de alta nobleza.  
Esto presencié en la calle,  
Y tal cual pasó, mi lengua  
Os lo refiere, cumpliendo  
Con un deber de conciencia.

Poco á poco va creciendo el interés, presentándose Lanuza, y su figura impone admiración, respeto y cariño, pero se acerca para él la hora de la eternidad y cuando el defensor de las libertades patrias se muestra altivo, valeroso, cuando solo piensa en la gloria que puede dar á su nombre el sacrificio que va á arrostrar, Argensola, que está á su lado eleva sus ojos y su pensamiento á otras regiones más puras, más grandes.  
Hé aquí un fragmento de su interesante diálogo.

ARGENSOLA.

Respetemos á Dios en su alto juicio.

LANUZA.

¡ Hermosa libertad la del suplicio!

ARGENSOLA.

¡ Mas hermosa la palma del cristiano!  
¿Qué son en este mundo  
Los pueblos y naciones,  
Sino perpétuo escándalo en la historia?  
Grecia remonta el vuelo hasta las nubes,  
Se cierne el Lacio en su triunfante gloria,  
Y en tanto el tiempo silencioso, cava  
Dos anchas sepulturas,  
Y mármoles y templos y esculturas,  
Vanidad y poder, todo se acaba,  
¡Grecia se hunde cautiva, Roma esclava!  
¿Quién puede detener en su carrera  
La marcha de los siglos,  
Cuando á su empuje y pesadumbre fiera  
Dobla su frente Ménfis altanera?  
Las razas y los pueblos  
Se asemejan al hombre en sus edades,  
Juventud, robustez, pujanza, brío,  
¡Luego la ancianidad y luego nada!  
¡Un pedazo de historia condenada  
Á perderse también en el vacío,  
Pues muere el hombre y muere el epitafio,  
Y muere de su tumba el mármol frío!  
Los Jaimes, los Alfonsos,  
La cueva de Galion, aquella sangre  
Que en férvidas corrientes encendía  
El corazón de un pueblo, á cuyo nombre  
La tierra con espanto enmudecía  
Y estremecido el piélago gemía!  
Hoy corre resfriada en las arterias  
De este viejo Aragón, astro glorioso,  
Que rodó por un cielo de esmeralda  
Y en Felipe Segundo halló su noche.

El público aplaude con verdadero frenesí estos bellísimos conceptos.

El segundo domingo de abril celebró la Academia española una sesión importantísima, á la que concurrió la sociedad más escogida de la corte.

Iba á tener lugar la recepción de un ilustrado sacerdote, de un hombre que con sus virtudes y su talento ha logrado captarse la admiración y las simpatías de cuantos le conocen.

Aludo á don Cayetano Fernandez, que en los últimos años del reinado de Doña Isabel, fué preceptor del príncipe Don Alfonso.

Debia contestar á su discurso el marqués de Molins y esto bastaba para que inspirase verdadero interés aquella sesión.

El nuevo académico ocupaba la silla que dejó vacante el inolvidable Ventura de la Vega, y como en estos tiempos es tan rara la modestia, no puedo prescindir de reproducir las palabras con que inauguró su discurso el señor Fernandez, que era á un mismo tiempo el retrato moral del académico y de su ilustre antecesor.

« Con razón se ha dicho que estas solemnidades son solemnidades de muerte. Por grande que fueran sus merecimientos, no es dado, no, levantar á persona alguna á la honra de ocupar una de estas envidiadas sillas, sin que antes hayais tenido que acompañar al sepulcro un cadáver querido. Ved por qué en semejantes casos la presencia del que viene despierta al punto el recuerdo del que desapareció; y en seguida y como para hallar consuelo, pasamos naturalmente á la comparación entre lo que se ha perdido y lo que viene á reparar la dolorosa pérdida: comparación, señores, que está pesando ahora sobre mí. Porque ¿quién era el Excmo. Sr. D. Ventura de la Vega, á quien llorais aun, y quién soy yo que tengo la fortuna de sucederle? Él, escritor gallardo, floridísimo ingenio, fecundo en la inspiración y clásico en las formas entre los más brillantes de nuestro tiempo. Yo... coplero humilde, gracias si tengo ingenio para recordar el suyo con entusiasmo. Él, uno de los hombres más aplaudidos, más amados, más queridos del mundo y de vuestra sociedad que arrojaba sobre su cabeza coronas á millares. Yo... si soy conocido, si se me nombra en algún paraje no es ciertamente donde los aplausos atruenan, y regocijan los vítores; mas allí donde el silencio es la abalanza, el sufrimiento es la gloria y donde las coronas no deslumbran á nadie, porque son coronas de espinas. »

El tema de su discurso era *La verdad divina da eminente esplendor á la palabra humana*, y fué escuchado con verdadera admiración, porque á la profundidad del razonamiento unía una galanura de forma encantadora.

El marqués de Molins contestó dignamente al académico señor Fernandez.

« Ya lo habeis visto, señores, exclamó el nuevo académico, con modestia propia del hidalgo, natural en el docto; con humildad meritoria para el cristiano y precisa en el sacerdote, declina todo merecimiento personal en la solemnidad á que asistís; llama merced á vuestra justicia, y no ve en su persona cosa digna de vosotros, sino es el traje que viste y el estado á que pertenece. »

« No, señor académico, en esto andais completamente equivocado. La Academia, es cierto, ve siempre con cariñoso respeto el traje que vistieron Mariana y Solís, Lope y Calderon; todos sus individuos, y yo mas que otro alguno de ellos, cuando al comenzar nuestras sesiones invocan labios profanos la asistencia del Divino Espíritu, echamos menos la autorizada voz de los que aquí han alzado santas oraciones á Dios y han prestado amor inmarcesible á la patria: Interian, Casani, Ferreras, Silva, Gonzalez, Lista, Gallego, el cantor del Dos de Mayo, Balmes, mas admirado allende que aquende del Pirineo, se presentan á nuestra memoria... Todo esto es evidente; pero si habeis sido llamado á recibir algo de su herencia, ni aquella veneración ni este recuerdo han sido parte en ello, sino la experiencia que la Academia tiene de que, quien fué primero en el foro y luego en el púlpito orador elocuente y correcto, quien aunó á los áridos estudios de la ciencia teológica la cualidad de poeta ingenioso y fácil; sobre todo quien es hablista puro y acreditado, será colaborador útil para sus tareas, autoridad respetable para sus fallos, guardador concienzudo del tesoro que le está confiado. Y por eso, no por vuestros hábitos, sino con ellos y todo, os ha destinado la silla que ocupó el festivo y profano autor de *el Hombre de Mundo*; doble motivo, señores, para que yo esta vez cumpla personalmente el honoroso y árido encargo de contestar en vuestro nombre. »

Examinó despues el señor marqués los poemas y los dramas cristianos, y ocupándose al final en el examen de las obras del nuevo académico, analizó las preciosas fábulas que tanta reputación le han dado.

Para que mis lectores puedan formarse una idea de ellas, copiaré las siguientes:

Un severo monarca  
Hubo en lo antiguo  
Que tal condena puso  
Á asesino.  
¡Llevar á cuentas  
El horrendo cadáver  
La vida eterna!  
Con sistema tan raro  
El buen difunto  
De víctima pasaba  
A ser verdugo.  
¿Con la conciencia  
No sucede lo mismo  
Cuando se peca?

Terminó la sesión con el examen de las obras del nuevo académico.

JULIO NOMBELA.

Madrid 30 de abril de 1871.

## La Guerra civil.

NUESTROS GRABADOS.

Lo que distingue la organizacion militar de la Commune, es seguramente el cambio incesante en los mandos, en su personal y en todos sus actos. Es una linterna mágica de nombramientos, destituciones y prisiones.

Despues de Bergeret y Flourens, Dombrowski y Cluseret; despues de Cluseret, Rossel y despues de Rossel el ciudadano Delescluse.

Apuntaremos aquí, pues el hecho tiene su importancia, los últimos mandos distribuidos por el delegado de la guerra en su orden del 5 de mayo.

Con arreglo á esta orden el general Dombrowski está en Neuilly y dirige las operaciones en la orilla derecha del Sena.

El general La Cecilia dirige las operaciones entre el Sena y la orilla izquierda del Bievre.

El general Wroblewski conserva el mando del ala izquierda.

El general Bergeret manda la primera brigada de reserva y el general Eudes manda la segunda brigada activa de reserva.

Cada uno de estos generales conserva un cuartel en el interior de la ciudad, del modo siguiente:

- 1º El general Dombrowski en la plaza Vendome;
- 2º El general La Cecilia en la Escuela militar;
- 3º El general Wroblewski, en el Eliseo;
- 4º El general Bergeret en el Cuerpo legislativo;
- 5º El general Eudes en la Legion de Honor.

El movimiento en torno de las habitaciones señaladas á la plana mayor de esos diversos mandos es incesante.

Representamos la sala en donde está el Consejo del Estado mayor de la plaza Vendome.

La entrada y salida de los oficiales y estafetas son incesantes, y esa actividad que se nota lo mismo de noche que de dia, se explica por el género de combates que se dan y que no dejan, digámoslo así, ninguna tregua á los beligerantes.



LA GUERRA CIVIL. — Sala del Consejo en el Estado mayor de la plaza.

El personal de las estafetas se compone de los elementos mas variados.

Seguramente figuran en él oficiales de plana mayor del mejor aspecto; pero en general los ordenanzas de la Commune carecen de pretensiones en el uniforme y la traza. No atienden mas que á su deber, que es bien penoso. He oido decir á uno de esos jinetes, que no se habia desnudado desde el 18 de marzo

¡ Horrible guerra !

Bajemos á la plaza Vendome, que ciertos federados proponen se llame hoy de la Internacional: es la gran curiosidad de estos dias para los paseantes parisenses.

Aquí los trabajadores que se ocupan en aterrar la columna sin escuchar la general protesta que motiva su obra, y allí los federados que dan la última mano á las barricadas.

Parece ser que el arte de atajar las calles ha hecho progresos como todas las cosas, pues jamás Paris que, no sin razon, se ha llamado la ciudad de las Barricadas, las ha tenido tan formidables como las que vemos en el dia.

Uno de nuestros grabados (pág. 337) representa uno de los nuevos sistemas de estas fortificaciones interiores.

Ese enorme paralelógramo de materiales figura una aglomeracion de colchones llenos de arena y guijarros menudos muy juntos entre sí y destinados á formar las paredes de la barricada. Inútil es añadir que la altura y espesor de esos colchones de granito están en relacion con su solidez. Así pues, las fortificaciones que componen el recinto de Paris, van á multiplicarse en cada una de las grandes vias de comunicacion, gracias á ese sistema.

Aquí barricadas que son fortalezas y allí revoluciones que cortan la columna. En una palabra, todo Paris resuelto; Paris trabajado por sus propias manos en la ruina de la capital del mundo. Tal es la siniestra imagen que tenemos delante de los ojos.

Y sin embargo, á pesar de todo, al lado de tanto trastorno, aparece aun de trecho en trecho, el pintoresco aspecto de las escenas militares y de la vida de campamento.

Véase lo que las cantinas de la plaza Vendome han hecho del telescopio establecido en la misma plaza. Jamás, desde la cancioncilla de Levassor que mostraba los astros en el teatro del Palacio Real, el gran instrumento de la astronomía habia tenido un uso mas extraño.

— Ese astro que no veis, porque le oculta la casa de enfrente, es la luna.

Y se comia un pastelillo que tomaba del cesto del pastelero que aplicaba un ojo á su telescopio.

Lo que en la plaza Vendome impediria hoy ver la luna, es la coleccion de artículos de tocinería; el pobre telescopio es una muestra de cantina que sirve de sosten á las guirnaldas de salchichas y de morcillas.

Todos los detalles de esa escena se graban en la mente. A la hora en que nosotros visitamos esa cocina astronómica-cómica, un teniente que fumaba en pipa decia á la vivandera:

— Buen dia hemos tenido hoy y quiero festejarle con un festin de Baltasar. Quiero tres platos: cerdo, tocino y puerco.



Dormitorio instalado en el teatro del Circulo de los Mirlitons, por el Estado mayor de la guardia nacional.

Y la vivandera se reía.

Llegada la noche los federados duermen como pueden y en donde pueden.

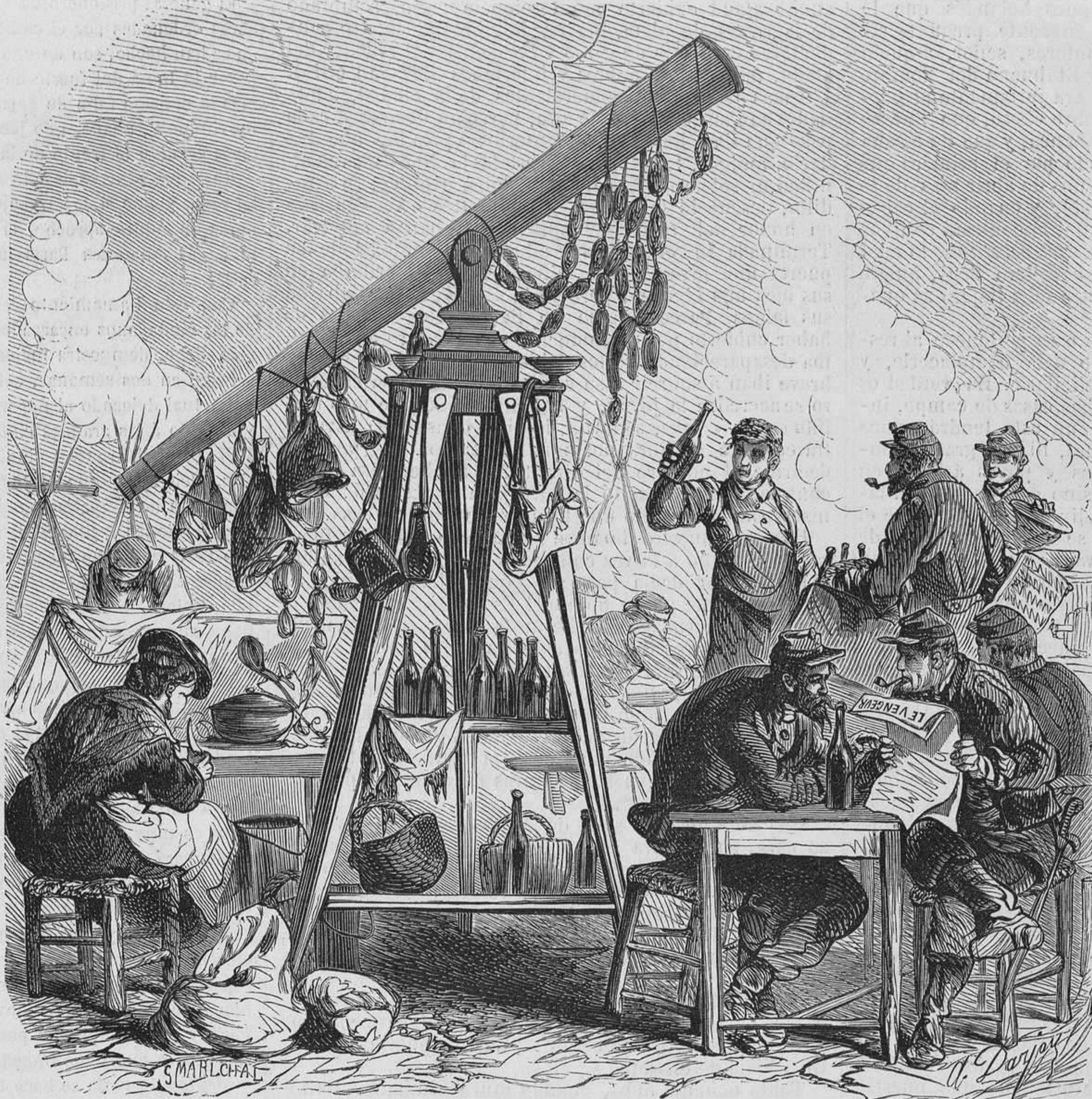
Nuestros lectores tienen á la vista el dormitorio que han improvisado en el club de los *Mirlitons*.

— ¿Se duerme bien ahí? pregunté yo.

— Parece que sí, me contestó el federado, pues se ronca de firme.

¿Y los miembros del célebre casino de los *Mirlitons*? Se han alistado en el ejército de los que han huido.

¡Ah! qué bonitas historias de fugitivos podríamos contar si tuviéramos tiempo y espacio; no serán perdidas.



LA GUERRA CIVIL. — El telescopio de la plaza Vendome sirviendo de muestra de cantina.

H. V.

A la hora en que escribimos estas líneas, la columna Vendome está para caer con todo, esto es, con presencia de la guardia nacional, de la Commune y de la bandera roja. Ya hablaremos de su caída.

**Viaje á Holanda**

DEL CABALLERO DE BEGY, POR JULES JANIN.

A *Raffael Bischoffsgeim*.

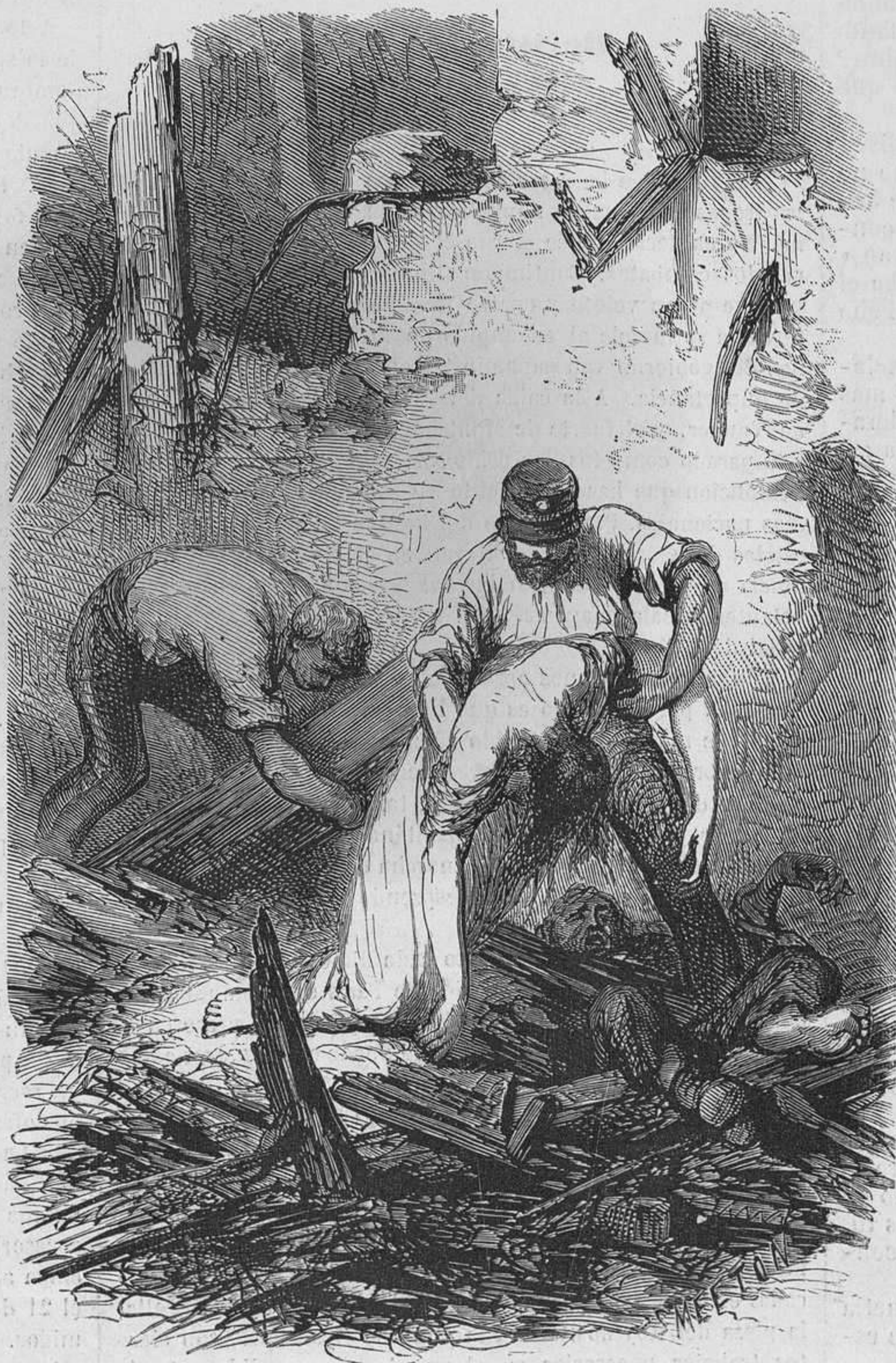
Voy á referirte una historia, curiosa por lo menos.

En estos dias en que descansa nuestra mente, no hace mucho que se la oí contar á uno de tus compatriotas, hombre de edad, á quien se la habia referido su padre, que la sabia de su abuelo. Para tí tendrá el doble interés de que sucede en Holanda, y en esa ingeniosa ciudad de Amsterdam, tan cara á los bibliófilos todos por la perfeccion de sus grandes impresores. Y en el momento presente, ¿de qué se ha de hablar mas que de viajes? El mundo está abierto para todos los dichosos que tienen negocios, y gracias al modo moderno de llegar antes de haber partido, le basta á un viajero hablar francés para saber todos los idiomas.

En Lóndres, en Florencia, en Berlin, en San Petersburgo: *entendre c'est obeir*. De esta manera hemos llegado á destruir el antiguo obstáculo de los viajes de otro tiempo.

Entonces cada pueblo tenia su lengua propia: la tenia afecto por respeto á sí mismo y por gratitud hácia los grandes escritores, y hubiera creído deshonrarse aceptando la jerga con que se contentan hoy los señores fondistas de las cuatro naciones.

Teniendo todo esto en cuenta, en los primeros tiempos del siglo pasado hubo un M. de Begy, hombre rico y bien relacionado de la sociedad parisiense, que tomó la resolucion de hacer un gran viaje al fin del mundo... á Holanda, y tomada dicha resolucion, fué su primer cuidado estudiar la lengua holandesa, y de tal modo, que pudiese viajar sin intérprete. Así fué que nuestro hombre necesitó dos años enteros para llegar á saber á fondo este idioma que



NEUILLY. — Descubrimiento de cadáveres entre los escombros.

tan poca semejanza tiene con el francés, cuando su maestro, un holandés de la calle de Saint-Jacques, le hubo afirmado que no tenia nada que enseñarle, hizo su testamento, que depositó en casa de un escribano, sacó su pasaporte para el extranjero (temeridad inaudita en aquella época) hizo su equipaje y emprendió la marcha un sábado despues de haber oido misa en los Recoletos, sus vecinos. El caballero (1) frisaba en los cuarenta; pero á juzgar por su sensatez y experiencia cualquiera le hubiera echado cincuenta. — ¡Jesus! ¡Jesus! exclamaban sus amigos de ambos sexos; ¡el caballero se va mas allá de Bruselas, al Brabante! Las viejas sentian que se fuera por el modo como jugaba al boston, y mas de una doncellita casadera decia por lo bajo: «¡Qué lástima! ¡Tan buen marido que hubiera hecho! En fin, todo esto es decirte que ya le daban por muerto.

Todo iba bien: bien que mal todos los dias hacia sus doce leguas en un buen carricoche, descansando en buenas posadas, con gente de buen humor y por caminos bastante malos, pero nuestro caballero tenia tiempo que perder. Esto se acostumbraba en otro tiempo; ponerse en camino para no llegar. Hasta el mismo viaje era una diversion,

y quien hubiese propuesto á aquellas buenas gentes recorrer en veinte y cuatro horas un camino de seis semanas, hubiese recibido por toda contestacion el silencio mas depreciativo.

Reinaba la mayor tranquilidad en torno de los viajeros; el agua, el cielo, la tierra, no podian estar en mayor calma. Aquellos rostros de angelote respiraban la paz y el contentamiento. En ambas orillas tapizadas de verdura por do quier, se veian paciendo los mas felices animales de la creacion, y apenas obedecian al soplo invisible de la brisa las hojas mas tiernas. Por todas partes aparecian al través de los bosquecillos de floridos árboles las casitas mas encantadoras de paredes blancas, aéreos balcones, y debajo de ellos jardines llenos de vasos de la China, sólo para los holandeses accesible en aquella época. A veces se veian espléndidos y perfectos hasta esos tulipanes en acirates (como llaman los jardineros), vecinos de las estrellas, preciosos adornos de aquellos pensiles. Las aves cantaban suavemente; la abeja errante cosechaba para su colmena; en fin, nuestro héroe se sentia vivir en una naturaleza extraña para él y alejado no poco de los bosquecillos de Marly ó de las fuentes bullieciosas de Trianon. El caballero de Begy, que no era nada menos que un «*talon rouge*» un petimetre, se sintió subyugado por aquella tranquilidad y hacia como todos sus compañeros.

A nuestro hombre, sin embargo, ya le tenemos de viaje... no hacer nada, abandonarse al placer de respirar en aquella atmósfera, admirando en silencio y deslizándose como un sueño por aquel canal encantado.

Sin embargo, no echó en olvido que se acercaba á Amsterdam y que á Dios gracias conocia el idioma de aquel pais tan bello. ¡Pero qué! los pacíficos naturales de aquellas encantadoras regiones no habian pronunciado todavía, ni aun entre sí, una sola palabra; temia disgustarles, y solo el aspecto de una admirable casa de campo, donde todo respiraba felicidad y bienestar se atre-

(1) «*Chevalier*» en francés se ha estado llamando por mucho tiempo á los segundones de familias nobles.



otro de Robespierre, el otro de Danton, el otro de P. Duchesne. Todas las escenas de la revolucion deben pasar indefinidamente á nuestros ojos. Volveremos á ver la destruccion de las estatuas reales, las leyes de sospechosos, las prisiones arbitrarias, las pesquisas domiciliarias y las suspensiones de periódicos.

» Volveremos á ver la Conserjería atestada de gente, la lucha de los jacobinos y los hebertistas, y la Commune dirigiendo sus cañones contra la Asamblea nacional. Y para que nada falte al programa, oiremos rugir en el fondo del teatro, como la Furia tradicional, al Comité de salud pública. »

Y mas adelante añade :

« Tengamos al menos la humildad que requiere nuestra desgracia. ¿Qué relacion existe entre aquella época y la nuestra, entre su obra y la nuestra, entre su apoteosis y nuestra agonía? ¿Con qué derecho nos disfrazamos con sus títulos? Ya que nos quereis devolver el comité de salud pública, devolvednos tambien sus prodigios. Resucitad aquel genio que organizaba la victoria, haced salir de debajo de tierra los catorce ejércitos que hicieron retroceder á la coalicion. Apoderaos del secreto de la victoria, lanzad contra los prusianos vuestros irresistibles voluntarios y llevad á Colonia las fronteras de la Francia libre. »

— Veremos : no decimos que no ; contestan los polemistas de la Commune.

Pero lo cierto es que M. Carlos Hugo se coloca en un buen terreno : comprendiendo y manifestando sin rodeos todas las dificultades de la actual situacion, aboga por la conciliacion, predica la fraternidad, y ojalá se hubieran escuchado estas ideas en tiempo oportuno. No es un crimen desear que cese la efusion de sangre, poniendo á salvo los principios.

Pero hay mas aun, y algo mas grave que la apreciacion de un periodista contra el comité de salud pública.

Es una declaracion de la minoría á la Commune que firman veinte de sus miembros contra la dictadura encubierta con el nombre de comité, al que incumben todas las responsabilidades posibles.

La minoría rechaza esa absorcion de responsabilidades en el comité de salud pública y declara que á nombre de los sufragios que ella representa, reclama el derecho de responder de sus actos ante los electores, sin abrigarse detrás de una dictadura que ni acepta ni reconoce.

Bajo este concepto, la minoría no volverá á presentarse en la Asamblea sino el día en que esta se constituya en tribunal de justicia para juzgar á alguno de sus miembros.

Esto no significa que abandonan la causa que todos defienden : no, los miembros de la minoría trabajarán por ella en los distritos municipales, y todo el tiempo que les dejen sus cargos lo pasarán en medio de sus hermanos de la guardia nacional para tomar su parte en la lucha decisiva sostenida á nombre de los derechos populares.

No hacemos ningun comentario. Lo único que diremos es que este golpe de Estado de la minoría ha sido juzgado con severidad en las esferas comunales : se dice que es tiempo ya de reprimir el orgullo individual que acusan las dimisiones que se suceden, y que nadie tiene el derecho de separarse de la Commune para librarse de la responsabilidad de sus actos.

Para concluir, pasemos á otra materia.

Hablemos de un hecho memorable que tuvo ayer lugar en Paris, con mucha solemnidad y con mucha affluencia de gente.

Fué la caída de la columna Vendome.

Sabido es que la Commune decretó el 17 de abril, ó sea el 27 germinal como se dice ahora, la « destruccion de ese monumento de barbarie, de ese símbolo de fuerza brutal y de falsa gloria, afirmacion del militarismo, negacion del derecho internacional, insulto permanente de los vencedores á los vencidos ; » y como tardaba ya mas de un mes la ejecucion del decreto, muchos dudaban de su realizacion ; pero al cabo se ejecutó, segun decimos.

En la base del tronco de la columna habian practicado una incision en el bronce y el enorme monumento fué arrojado al suelo por medio de unas maromas.

Habianse tomado las debidas precauciones para amortiguar el golpe de la enorme masa de metal, coronada con la estatua de Napoleon I, vestido de emperador romano. Todo el mundo esperaba oír un estrépito espantoso, y se temia que se rompieran los cristales de las casas inmediatas y no sabemos cuántas averías ; pero nada de esto sucedió, y los que estaban presentes dicen que á las cinco y media de la tarde la columna cayó en los montones de estiércol y de faginas que habia preparado en el suelo, haciendo un ruido sordo y levantando una nube de polvo y un grito general, diversamente interpretado en la muchedumbre.

La operacion tuvo lugar en presencia de varios miembros de la Commune, que se instalaron en el balcon del ministerio de la Justicia, y al ruido de las músicas que tocaban sin cesar himnos patrióticos ; la asistencia popular se calcula en veinte mil personas.

No hay para qué añadir que los diarios de hoy entonan un canto de triunfo. La caída de la columna de la plaza Vendome es la declaracion de paz universal y la proclamacion de los Estados-Unidos de la Europa. Todo esto y muchas cosas mas significa la caída de los nueve mil kilógra-

mos de bronce de cañon tomados por los franceses al enemigo, que componian el monumento de la plaza Vendome.

MARIANO URRABIETA.

### Poesías.

A. B...

Yo te adoro, mujer, como á mi vida  
Y espiro de placer cuando tus ojos  
Me miran sin enojos  
Y gozo en tu reir.  
Yo te adoro, mujer : mi lloro ardiente  
Rodó tal vez sobre mi faz de fuego,  
Tú escuchaste mi ruego,  
Tú me juraste amar.

Y fué tu amor el misterioso encanto  
Que dió consuelo á mi angustiada alma,  
Como se ostenta en calma  
Tras la tormenta el mar.  
¡ Ah ! bien haya, mujer, tu amante boca,  
Con su inocente angelical sonrisa  
Blanda como la brisa  
Que las flores meció.

Suene otra vez tu acento de ventura,  
Y entre el soplo del aura confundido,  
Hiera otra vez mi oido  
Aquel amante sí.  
Y en el alma de fuego que te adora,  
Caiga ese acento plácido, bien mio,  
Cual bienhechor rocío  
Sobre temprana flor.

Angel bajado del cielo  
Para embellecer mi vida,  
Nunca abandones el suelo,  
Que en tí cifra su consuelo  
Un alma triste, affigida

Ay, y tus ardientes labios  
Sobre mi frente ardorosa  
Imprime, virgen hermosa,  
Por piedad.

Que es triste morir por cierto,  
Sin que en la pálida frente  
Imprima su beso ardiente  
La beldad.

Que de una hermosa el querer  
En la vida procelosa,  
Hace grato el padecer ;  
Que el beso de una mujer  
Puede hacer la muerte hermosa,  
Virgen, escucha mi ruego,  
Oye la triste plegaria  
Que en la noche solitaria.  
Llega á tí.

Y al nacer un nuevo dia  
Sobre mi frente ardorosa,  
Pon esos labios de rosa  
Y rubí.

Y en el seno palpitante  
Ciñe en amorosos lazos  
Á este venturoso amante  
Que ve la muerte delante,  
Y no la tiembla en tus brazos.

J. B. DELGADO.

### FÁBULA.

EL CABALLO Y LA TORTUGA.

Apostaron á correr  
Una tortuga y un jaco.  
No hay que reirse, lectores ;  
Que era el trecho un poco largo,  
Cosa de catorce leguas,  
Vara arriba, vara abajo.  
El potro, que despreciaba  
Á su calmoso contrario,  
Tiró dos brincos ó tres,  
Relinchó con muy buen garbo,  
Y, apenas dada la seña,  
Salió á escape como un gamo  
Haciendo burla entre dientes  
Del postillon enconchado.  
Anduvo así media legua  
Si no corriendo, trotando,  
Cubierto de blanca espuma  
Desde la cabeza al rabo.  
Mas en el primer envite  
Se le cayeron dos clavos,  
Perdió un yerro y tropezó  
Lastimándose una mano.  
Paróse á herrarse un poquito,  
En comer gastó otro rato,  
Y dió despues á sus piernas  
Indispensable descanso.  
Luego, ya que se vió enjuto  
Del sudor, comido, herrado,  
Y ágil para la carrera,  
Volvió á su camino ufano.  
Cojeaba algo de un pié ;  
Pero no le dió cuidado,  
Pues no hay tortuga en el mundo  
Que corra mas que un caballo,  
Aunque este cojee y tenga  
Tres grietas en cada casco.  
Al pasar junto á la cerca  
De un trigo nuevo, lozano,  
Cayendo en la tentacion  
De darse un verde barato,  
Saltó la tapia de un brinco,  
Aunque no sin descalabro :  
Pues perdiendo el equilibrio  
Dió de hocicos en un charco.  
En su vigor, por jactancia,  
Ó por enredos del diablo ;  
Lo cierto fué que al llegar  
Al término señalado,  
Medio cojo, mal ferido  
Del hocico y de una mano,  
Algo mohino del golpe  
Y lo que es mas, constipado,  
Se halló con doña tortuga  
Que estaba ya hacia rato  
Descansada de su viaje  
Honra y apuesta ganando.  
— ¡ Cómo ! gritó al verla allí,  
¿ Si tendré los ojos sanos?  
¿ Has venido por el aire,  
Por la posta ó por ensalmo?  
La tortuga socarrona  
Le respondió : — Señor guapo,  
He venido á pié y descalza,  
Sin cansarme, paso á paso ;  
Pero ni un punto siquiera,  
Ni aun á comer me he parado.  
— Venciste ; saltó el potrito,  
La apuesta con gusto pago ;  
Pues aprendo esta leccion  
Que no olvidaré en cien años.

« Quien corra mucho al principio  
» Llegará tarde y cansado ;  
» Y hará mas quien persevere,  
» Aunque vaya muy despacio. »

M. \*\*\*

## El Parlamento inglés.

I

LA CÁMARA DE LOS LORES.

El 3 de febrero de 1832 la reina de Inglaterra entraba por primera vez por la torre Victoria, en el nuevo palacio de Westminster, y por la noche una brillante iluminación dibujaba las grandes líneas del magnífico edificio y le daba un mágico aspecto. Despojado de este prestigio de la inauguración, el conjunto del palacio aparece siempre con un efecto grandioso.

No es para menos. Las inmensas construcciones ocupan un espacio de cerca de nueve fanegas de tierra, la fachada principal que se extiende al Este mirando al Támesis se divide en cinco compartimientos adornados de pilastras, estatuas y escudos reales, y al frente del agua hay un terrado de granito de Escocia. La imponente masa de la torre Victoria domina todas las construcciones, y después viene la torre central ó del Reló con un campanario primorosamente trabajado. Otras torres de menores dimensiones rompen la línea de las techumbres y contribuyen con sus pintorescas formas al mejor efecto del conjunto. A fin de prevenir todo peligro de incendio, ha entrado poca madera en las construcciones, casi todo es hierro. El arquitecto Carlos Barry ha cumplido lo que prometió en su programa, si bien se aumentaron los gastos que pasan de la enorme cantidad de 40 millones de francos.

Como se anunciaba en el proyecto, el nuevo Westminster, reunido con lo que quedaba del antiguo, el gran salón con sus antiguos claustros y la hermosa cripta de San Esteban, es un monumento elevado á las poderosas asambleas que forman la base de la constitución británica y es á la par una consagración solemne de todas las glorias nacionales, justo motivo de orgullo para el pueblo inglés.

En el umbral nos encontramos ya con la tradición cristiana: los santos patronos de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda colocados bajo la bóveda que sirve de entrada régia, forman un piadoso cortejo á la figura de la reina sostenida por la Justicia y la Misericordia. Mas allá el pórtico normando toma su nombre de los frescos que ilustran lo que va de la conquista. La historia de Inglaterra se continúa en las pinturas, los vidrios, los escudos, las estatuas al través de una larga serie de magníficas salas desde el vestuario de la reina en donde tiene efecto el ceremonial del tocador de gala, la galería real, la Cámara de los lores, hasta la sala superior (de los Poetas) adornada con asuntos tomados de las obras de Chancer, Spencer, Shakespeare, Milton, Pope, Walter Scott y Byron. Así se viaja en compañía con todos los hombres ilustres de la Gran Bretaña pasando revista á todos los sucesos memorables. En el gran salón de Westminster las dos terceras partes de los pedestales serán ocupadas por las estatuas de los hombres de Estado eminentes á quienes el Parlamento, después

de un serio exámen confiesa los honores de la estatuaria. Después de los elogios que se deben á la concepción y á la ejecución de este inmenso edificio, añadiremos algunas palabras de crítica. El estilo gótico inglés que remonta al tiempo de los Tudors ha sido copiado servilmente. Hay abuso de ornatos y por lo tanto monotonía. A pesar de las pretensiones, el sentimiento artístico falta así en todas partes. Es una obra moderna de una poderosa nación en donde domina el genio de la industria y del comercio, así como el antiguo Westminster edificado por Guillermo el Rojo en 1097 y 1098, restaurado tres siglos después, é incendiado en 1834. No con sus espaciosas salas, sus altos pórticos y sus ogivas, la expresión de una época feudal, monacal y belicosa.

cuevas que se extienden debajo de la Cámara de los lores, dos horas antes de la llegada de la reina.

Ordinariamente el parlamento se abre en febrero, y en julio se aplaza ó se disuelve. El derecho de convocarle, prorogarle y disolverle pertenece al soberano. Compuesto de dos cámaras, la de los Lores y la de los Comunes, su poder es ilimitado. Su jurisdicción es suprema.

El parlamento puede modificar la sucesión al trono como lo hizo bajo los reinados de Enrique VIII y de Guillermo III; y puede cambiar la religión de Estado como lo hizo en los tiempos de Enrique VIII, Eduardo VI, María é Isabel. Finalmente, no solo ha cambiado, sino que ha creado de nuevo la *constitución* del país, y hasta la suya propia, como cuando el bill de reforma bajo el reinado

de Jorge I, en que alegando las conspiraciones de una facción turbulenta y papista, y la amenaza de una invasión, el parlamento se constituyó por siete años en vez de tres, como era de ley hasta entonces. El bill de los siete años ha permanecido vigente.

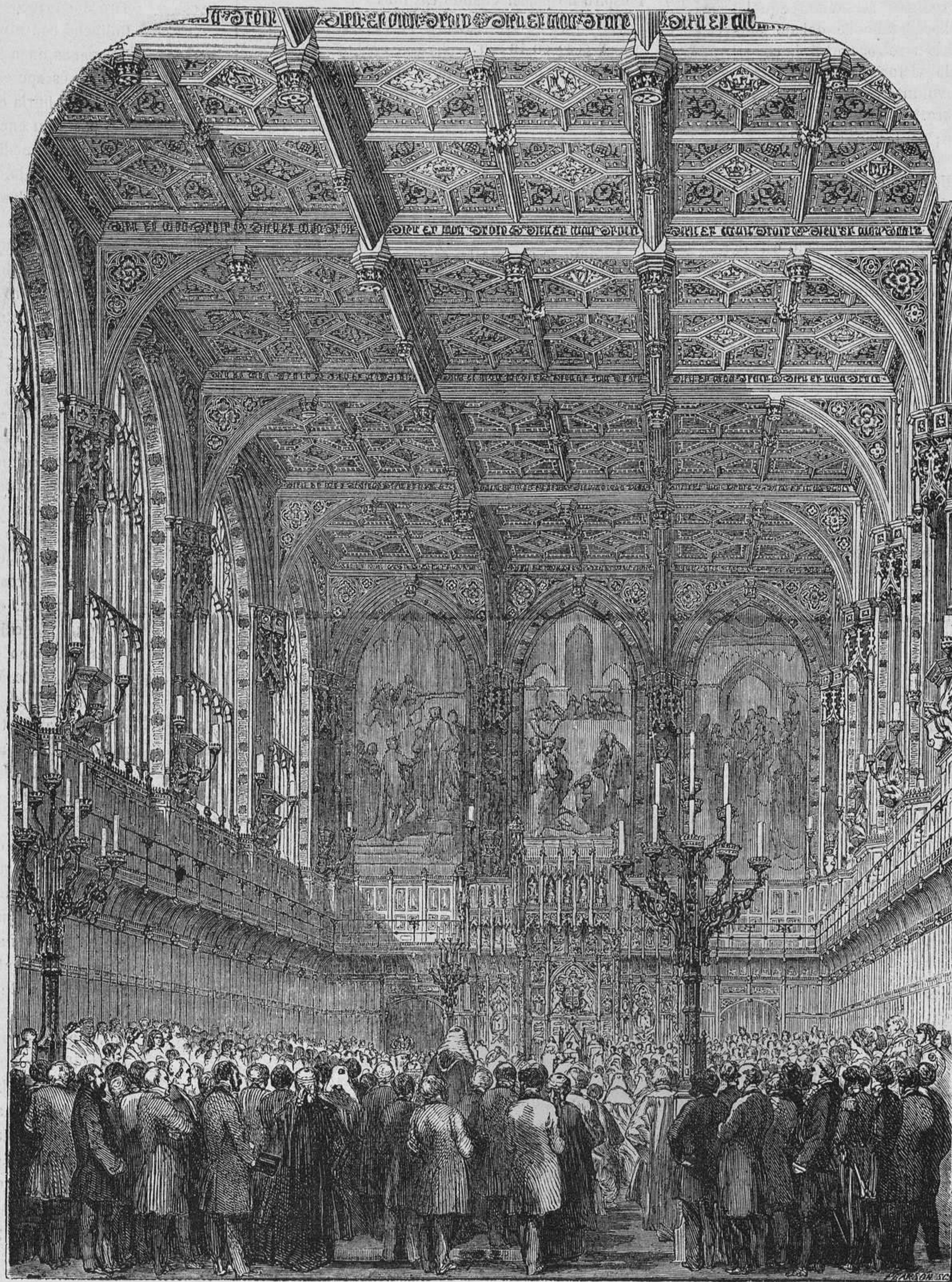
La institución de la Cámara de los lores remonta á Guillermo el Conquistador.

« Los comunes, dice el historiador Hume, no formaron parte del gran consejo sino algunos siglos después de la conquista. »

Enrique III fué quien, á consecuencia de una tentativa del conde de Leicester para apoderarse de la corona, llamó á dos caballeros de cada condado, y á diputados de los *bourgs* para que tomaran parte en la legislación. La ciudad de Lóndres envió la primera miembros al parlamento: Westminster no estuvo representado en esta augusta asamblea sino hácia el fin de la vida de Enrique VIII.

El número de los lores es indefinido; solo es limitado para los lores espirituales. Hay dos arzobispos y veinte y cuatro obispos que se supone tienen del soberano antiguas baronías que les dan derecho para votar con los lores temporales. Estos últimos son los pares de la Gran Bretaña, duques, marqueses, condes, vizcondes y barones. Unos lo son por *herencia*, como todos los antiguos pares, otros por *creación*, como todos los nuevos, y otros por *elección*, como los diez y seis pares que representan el cuerpo de la nobleza escocesa desde la reunión de la Escocia, y los veinte y ocho pares irlandeses, además de un arzobispo y tres obispos.

El soberano puede aumentar á su antojo el número de los lores seculares. La cámara vota por *contents* ó *No contents*, principiando por el par inferior en dignidad y subiendo has-



EL PARLAMENTO INGLÉS. — Vista interior de la Cámara de los Lores.

La Cámara de los Lores que comunica con los regios aposentos, ocupa el centro del palacio. Tiene 97 piés de largo con 45 de altura y 45 de anchura, y recibe la luz por doce ventanas con vidrieras de colores. Sus diferentes pinturas al fresco representan escenas históricas y las figuras alegóricas son: el genio de la Religión, el genio de la Caballería y el genio de la Ley. La galería de los taquígrafos hace frente al trono y encima está la tribuna pública. En las cornisas se ven las armas de los soberanos y las de los grandes cancilleres que se han sucedido desde la época de Eduardo III.

Una antigua costumbre que tiene por origen la antigua consagración de las pólvoras, en 1605, obliga al lord chambelán acompañado por el uger de la vara negra y por un destacamento de guardias, á visitar las

ta el superior en títulos.

Salvo en las ocasiones solemnes los lores se sientan sin distinción de puesto, manteniendo solo la diferencia entre el lado ministerial y el de la oposición. Los arzobispos y obispos ocupan un banco separado. Según la antigua tradición, el lord canceller, presidente de derecho de la Cámara de los Pares, está sentado en un saco de lana delante del trono y tiene á su lado el gran sello ó cetro de justicia. Los jueces, los maestros de cancellería, etc., llamados á dar su parecer en las cuestiones de legislación, se sientan igualmente en sacos de lana.

II.

El salón de sesiones de la Cámara de los Comunes



mas sencillo que el de los lores, tiene 20 metros, 13 de largo sobre 14 metros, 61 de ancho y de alto. Las paredes están revestidas de encina ricamente esculpida, y el techo es muy notable. Las vidrieras pintadas amortiguan la brillantez de la luz. Al extremo Norte está el sillón del presidente, y encima la tribuna de los taquígrafos oficiales y de los visitantes privilegiados. En la parte del Sur hay una vasta galería destinada á los miembros de la cámara y al público. El aspecto general carece de grandeza.

La Inglaterra y el país de Gales envían á la Cámara de los Comunes 498 miembros; Irlanda, 405, y Escocia, 53, ó sea un total de 656.

Toman asiento sin distinción de rango.

El presidente, elegido por la asamblea, ocupa el sillón del estrado, en la parte superior de la sala. El secretario y sus dos auxiliares, con togas, se sientan mas abajo, delante de una mesa. A la derecha del presidente está el banco del tesoro, ó banco de los ministros, y la izquierda es el lado tradicional que ocupa la oposición.

Cuando un miembro tiene la palabra, no se dirige mas que al presidente; y si otro miembro responde á lo que dice, no le está permitido replicar el mismo día, á menos que el ataque sea personal.

Los Comunes votan por *Sí* y por *No*. Si la mayoría es dudosa, la cámara se divide. Cuando se trata de la introducción de una cosa nueva, salen los *Sí*, y en el caso contrario, los *No* dejan el puesto. En todas las divisiones el presidente nombra cuatro escrutadores, dos de cada opinión. Cuando la cámara se halla en sesión secreta (comité), cambia de lado, los *Sí* toman la derecha, y los *No* la izquierda del presidente, y entonces no hay mas que dos escrutadores. Todos los días á las doce (menos el sábado y el domingo) hay sesión para recibir y discutir las peticiones; pero para los asuntos corrientes á la orden del día, la cámara no se reúne hasta las cinco.

Hay fondas y cafés en el interior del palacio para el uso exclusivo de los pares y de los diputados. Muchos comen allí cuando la discusión se prolonga.

A petición de un solo miembro se pueden hacer evacuar las tribunas. En otro tiempo se pagaba por la entrada 2 chelines 6 peniques, pero en el día se entra con un billete de uno de los miembros.

Cuando las dos cámaras están de acuerdo sobre las medidas propuestas por la una ó por la otra, se necesita la sanción real para darlas fuerza de leyes. La autoridad soberana puede llenar esta formalidad en persona, ó delegarla á tres comisarios elegidos entre los pares.

Cuando se da el asentimiento real á un bill público, el secretario dice en francés: « El rey (ó la reina) lo quiere. » Si el bill es un bill secreto, dice: « Sea hecho como se desea. » Si se trata de subsidios, la fórmula es esta: « El rey (ó la reina) da gracias á sus leales súbditos, acepta su benevolencia y lo quiere. » Si el rey (ó la reina) no juzga á propósito sancionar el bill, el secretario dice: « El rey (ó la reina) dispondrá. » Es una forma de negativa. La costumbre de emplear la lengua francesa para declarar al parlamento de Inglaterra las intenciones reales, remonta á Guillermo el Conquistador; ¡curioso y singular testimonio del respeto del pueblo inglés por las antiguas tradiciones, hasta cuando hieren su orgullo nacional!

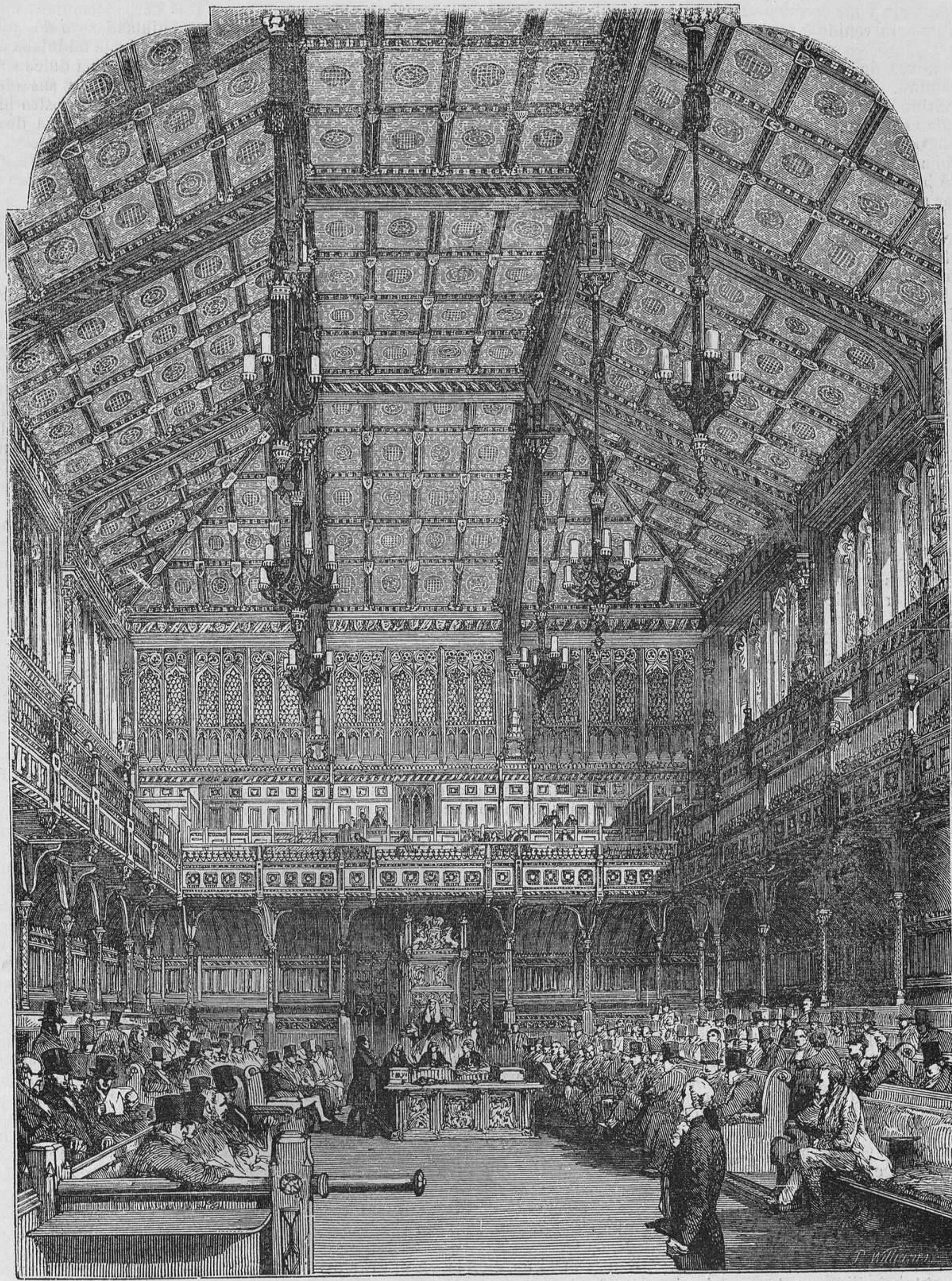
M. P.

Ulrico,

CUENTO ALEMÁN.

I.

Al anochecer de un nublado día de diciembre nos hallábamos cinco antiguos compañeros de estudios reunidos en casa de Enrique.



EL PARLAMENTO INGLÉS. — Vista interior de la Cámara de los Comunes.

guas de fuego que, ensanchándose, alargándose ó desapareciendo súbitamente, seguían los caprichos de la llama de que eran el reflejo, vagaban sobre las negras maderas de los muebles, ó iban á hacer aun mas extrañas las figuras de los tapices, ya de por sí bastante significativos.

No se oía en la habitación otro ruido que el formado por los labios al absorber el humo de las pipas, el chisporrotear de los leños, el ruido del granizo que de vez en cuando venía á estrellarse contra los vidrios de las ventanas, ó el mugir del huracán, cuyos ecos parecían quejidos lastimeros.

La atmósfera de la habitación, sobrecargada de humo de tabaco, obraba sobre nuestros cerebros como la atmósfera fría y húmeda del exterior sobre nuestros sentidos, y estas dos influencias combinadas, y ayudadas por la disposición de nuestros espíritus, nos iban abismando en una profunda melancolía. Puede decirse, sin exageración alguna, que habíamos llegado á la mas efervescente y embriagadora meditación.

En nuestras actitudes, en nuestro silencio, en los extraños y vagos reflejos de la roja luz de la chimenea, los cuales iluminaban solamente el rostro, mientras dejaban en la mayor oscuridad el resto del cuerpo, había algo de fantástico y aun de misterioso y solemne.

A medida que el tiempo trascurría, nos íbamos abismando en mas profundos desvaríos. Ninguno de nosotros se atrevía á desplegar sus labios por temor de despertar á su vecino, y porque parecía que una palabra pronunciada por cualquiera de nosotros se hubiera perdido en el vacío sin eco ni respuesta. Mal encaminado hubiese ido aquel que, viniendo de la calle, hubiera tenido la importunidad de venir á referirnos algun necio suceso de la vida real.

Nuestras imaginaciones habían llegado á ese extravagante capricho que da al sillón en que nos hallamos sentados la forma de una nube elevada por el viento á las regiones de las fantasías y las quimeras... Dos horas mas de aquella embriaguez del espíritu, de aquel silencio profundo, de aquellos ensueños extraños, y creo que hubiésemos tocado los límites de la locura.

Enrique fué el primero á romper el silencio, y lo hizo en los términos mas adecuados á tan especiales circunstancias.

— ¡Diablo! exclamó incorporándose sobre una porción de cojines, en los cuales se hallaba reclinado. ¡Nuestro viejo amigo Bertrand no ha podido escoger para hacerse enterrar un día para mí mas agradable que el presente!

Sin embargo, aquellas palabras no produjeron en nosotros efecto alguno. Volviéronse nuestros ojos hácia él y todo quedó dicho.

Al examinarle, ví que dos gruesas lágrimas brillaban en sus ojos. Estaba en extremo pálido y seguía con particular atención los caprichosos movimientos de una lengüeta de fuego cuyo reflejo vagaba en el fondo de uno de los tapices de las puertas, iluminando con vagas tintas las facciones de una especie de demonio fantástico, y dando á su fisonomía extraordinaria expresión.

— ¿Qué quieres decir? le pregunté.

— ¡Ah! exclamó lanzando un profundo suspiro. ¡Este día es para mí un lúgubre aniversario, que se aviene muy bien con la tristeza que la muerte del pobre Bertrand ha difundido en mi alma!

Aquella tarde habíamos acompañado á su última morada á uno de nuestros mas queridos profesores, el cual, despues de terminadas nuestras respectivas carreras, había sido para nosotros un verdadero amigo.

El luto se hallaba grabado en nuestros corazones, lo mismo que marcado en nuestros trajes.

Desde que habíamos llegado á casa de Enrique, ni una sola palabra había salido de nuestros labios. Cada cual había encendido su respectiva pipa, formando todos un semicírculo en torno de la chimenea, sin cuidarnos de encender una luz que aclarase las espesas tinieblas que nos iban envolviendo.

Solo la luz viva de la lumbre proyectaba en torno nuestro un tinte rojo que iba á perderse entre las pinturas que adornaban la habitación. Las diminutas len-





— Te he visto á menudo en el monte, dijo, y me interesaba por tí. Un día sentirás haber sido tonto. Escúchame, sin embargo, y conserva en tu memoria lo que voy á decirte, que te podrá aprovechar cuando hayas ganado experiencia. Durante setecientos años he guardado un tesoro inmenso en el Brocken, y ha llegado la hora en que impunemente puede venir á ser propiedad del que le descubra. Es cosa rara un tesoro que no tiene que pagarse con el alma, no sucede una cosa así en mil años.

El genio continuó haciendo reflexiones que parecían morales, y luego me designó con los detalles mas precisos el sitio de la montaña en donde estaba el tesoro y me indicó los medios de descubrirle.

Aun creo estarle oyendo, ninguna de sus palabras se ha borrado de mi memoria.

— Dirígete hácia el monte de San Andrés, me dijo, y pregunta dónde está el valle del Rey. Cuando llegues á un arroyo llamado Eder súbete hasta el puente de piedra donde hay un molino de aserrar madera: no pases el puente, sigue el arroyo, y pronto te encontrarás á tiro de ballesta de un peñasco y distinguirás un hoyo como una fosa de cementerio. Excavarás el hoyo hasta que veas una pared y luego una losa cuadrada; quita la losa y entra en el subterráneo arrastrándote de rodillas sin hacer caso de la cuesta del terreno y de los pedernales que te cortarán algo las piernas, no será nada. Así llegarás á una escalera de setenta y dos escalones y al cabo de ella verás tres puertas. No entres por la de la derecha, porque turbarías las cenizas del antiguo dueño del tesoro, ni por la de la izquierda, que conduce á la cueva de las salamandras y de las serpientes. Abre la de enmedio con la raíz mágica que llevarás preparada, pues sin esa raíz ninguna potencia te podría ayudar á forzar la puerta de enmedio. Los pastores ancianos y los cazadores te dirán cómo se encuentra. La puerta se abrirá con el ruido del trueno, pero no tengas miedo, tu único cuidado sea que el viento no apague tu luz. No te dejes deslumbrar por el oro y las pederías que cubren las bóvedas y las columnas, sino que te irás en derechura á un arca de cobre que se parece á un altar de iglesia. Toma allí dentro hasta llenar tus bolsillos y un saco con todo el oro y la plata que puedan contener. Sube despues sin olvidar la raíz mágica. Dos veces mas podrás ir á sacar dinero, pero si fueras una cuarta vez te caerías en la escalera y te romperías la pierna. A cada viaje cubrirás de tierra el hoyo que conduce al tesoro del rey Brucktorix.

Un gran silencio siguió á estas palabras; mi perro ladró y oí á lo lejos chasquidos de látigos y ruido de ruedas.

Volví la cabeza por un lado y otro; la vision habia desaparecido.

## II.

### DEL MODO DE ENCONTRAR LA RAIZ MÁGICA.

Cuando el anciano Martin cesó de hablar, sus oyentes se miraron unos ríendo, otros meneando la cabeza con aire de duda, y otros en fin, sin hacer señal ninguna, como personas que pensaban profundamente ó que no pensaban nada.

El posadero del Becerro de Oro llenó el vaso del narrador y le dijo:

— Pero bien, Martin, ¿fuiste al subterráneo á sacar el tesoro?

— No, respondió el pastor.

— ¿Y por qué? preguntaron tres ó cuatro de los concurrentes.

— Por dos razones: la una es que la idea de emprender la expedicion me daba un miedo horrible, y la otra que ningun pastor ni ningun cazador pudo decirme cómo se encontraba la raíz mágica.

— Pues nada es mas fácil, sin embargo, dijo el vecino Blas. Es lástima, Martin, que hayas dejado envejecer tu secreto y tus piernas y que no nos hayas hecho antes tu confidencia. Para encontrar la raíz mágica basta descubrir



LAS AVENTURAS DE MAESE BLOCK. — Maese Block en la posada del Becerro de Oro



Maese Block en su casa



Maese Block convertido en bestia de carga.

un nido de urraca, ó mejor dicho, el tronco de árbol en donde la urraca pone sus huevos. Cuando la madre sale á buscar comida, se sube al árbol y se tapa sólidamente el agujero con una piedra ó un pedazo de madera. Vuelve la urraca y comienza á revolotear gimiendo, hasta que por fin se escapa por el lado de Occidente. Hay que llevar una capa de escarlata ó cuatro varas de tela encarnada que se ocultan debajo de los vestidos. Dos dias despues se llega á la emboscada y se ve llegar á la urraca que trae en el pico la raíz maravillosa, con la que toca el objeto que cierra el agujero; inmediatamente el objeto es lanzado hácia fuera con violencia, y entonces se extiende al pié del árbol la capa escarlata. La urraca creyendo ver fuego se espanta y deja caer la raíz que se recoge inmediatamente; pero antes de emplearla es preciso dejarla algun tiempo atada á un ramo verde.

Esta extraña confidencia produjo en el auditorio el mismo efecto que habia producido la historia del anciano Martin; provocó risas de incredulidad, dudas, sorpresa y reflexiones mas ó menos serias.

Cantó el gallo; estaba á punto de rayar el alba y los amigos se separaron.

El que salió el último, mas grave y pensativo que los otros, apenas habia sido observado durante la velada. Habia estado sentado en un rincón detrás de la estufa entre el perro y el gato de la posada, en un gran sillón de cuero con los codos sobre la rodilla y la barba en las manos.

## III.

### OJEADA RETROSPECTIVA.

Aquel hombre tan silencioso no era otro que maese Pedro Block, antiguamente uno de los mas alegres compañeros de Rottemberg.

Hacia diez años que bajaba gradualmente los escalones que conducen de la vida holgada á la miseria.

Habia sido un fondista célebre, sin rival en el arte culinario. ¡Qué festines habia habido en su casa!

Estando en el colmo de la prosperidad quiso casarse, y aunque la idea no era una locura, lo cierto es que eligió mal.

La hija de maese Volbrecht, que fué su compañera, se distinguia por lo charlatana, lo murmuradora y lo iracunda, y así sucedia que la odiaba la gente.

Apenas Block y su mujer salieron del altar estalló entre ellos la guerra y se continuó de dia en dia, sin otras treguas que las horas del sueño.

El nacimiento de un niño dió un poco de paciencia al pobre Block. En cuanto Jorge pudo usar pantalones, su padre, en vez de enviarle á la escuela, le metió en la cocina, le colmó de caricias y de golosinas é hizo de él un verdadero goloso.

Cuando llevaban los platos á los parroquianos del fondista, Jorge siempre en acecho robaba al paso alguna cresta de ave ó alguna cucharada de natillas y su padre se reia á escondidas de aquellas gracias.

Pero aparecia la madre y al punto cambiaba el espectáculo: era como una borrasca de injurias para el padre y de golpes de espumadera para el hijo; el padre lloraba, el niño gritaba, la madre vociferaba y los parroquianos ó los vecinos se reian ó se encogian de hombros.

— Mujer, decia tristemente maese Block, el chico tiene hambre, ¿por qué no le hemos de dar ese pedazo de pollo?

Una educacion así no podia tener buenos resultados. El chico se murió á los siete años de golpes de espumadera y de indignaciones.

Otras criaturas hicieron sucesivamente la triste experiencia de una corta vida en aquel malhadado matrimonio.

Solo una niña sobrevivió que se llamaba Lucia, y era un ángel: la dureza de la madre no logró alterar su carácter, ni las flaquezas del padre la hicieron golosa.

Sin embargo, la posición de maese Pedro cambiaba insensiblemente de mal en peor. No era hombre económico. Cuando tenía dinero llenaba su bodega de toneles, y su despensa de los manjares mas costosos, y daba fiado á los borrachos, hospedaba á los holgazanes que le divertían con su buen humor, y no olvidaba por cierto á los viajeros menesterosos. Cuando le faltaba dinero lo buscaba y lo pagaba con usura.

— Yo acabaré por arruinarme, decía con frecuencia.

Y en efecto, se arruinó, se quedó sin dinero y sin casa. Un magistrado aficionado á la buena mesa se compadeció de él y le protegió para que alcanzara el empleo de fontanero, empleo bien miserable, pero que cubría á la ciudad imperial de Rottemburgo del reproche de haber dejado morir de hambre á su fondista de mas fama.

Sin embargo, la desgracia le persiguió en aquellas humildes funciones.

Un día corrió el rumor de que los judíos habían envenenado el agua de las fuentes. El pueblo se amotinó, saqueó á los judíos, mató á unos y expulsó á otros, y despues las iras se formaron contra maese Pedro, que habia permitido se consumara aquel crimen y le destituyeron.

¿Qué podia hacer entonces ?

No queria robar y le costaba mucho trabajo ponerse á pedir limosna. Se convirtió en bestia de carga de su mujer, que habia abierto una tiendecilla de harina. El pobre hombre la economizó lo que la habria costado un asno.

La mujer le cargaba sin piedad y cuando volvía del camino cubierto de sudor y jadeante, le recompensaba, segun su humor, con una sopa, ó con una lluvia de golpes.

Tanta desgracia y resignación eran una causa de profunda tristeza para el virtuoso corazón de su hija.

El desdichado Block la quería entrañablemente y al verla tan amable, se consolaba un poco de sus penas.

Lucía era ya una bordadora muy hábil; bordaba á la perfección adornos de altar y velos de novia, y habia figurado en tapicería, con seda y lana, todas las parábolas de la Sagrada Escritura. Del dinero que ganaba y que tenia que entregar á su madre al fin de la semana, lo que hacia muy gustosa, solia guardar de tiempo en tiempo una pieccecita que deslizaba en las manos de su padre. El día de la fiesta de los labradores le habia dado una, y así maese Block habia podido echar un trago en la posada del Becerro de Oro.



Fridolin.

Al cabo de una hora de insomnio y de visiones fantásticas, de repente se levantó, cortó una pluma y pasó el resto de la noche escribiendo con los menores detalles todas las noticias que el espectro habia dado á Martin y Blas á los pastores.

Luego tomó el camino del molino.

Desde aquel día hasta la primavera guardó con admirable perseverancia todas las monedillas que su hija le daba en secreto.

En cuanto apuntaron las hojas en los árboles, en

cuanto resonaron los primeros gorjeos de los pájaros de las selvas, maese Pedro salió al camino á decir á todos los chicos que pasaban: — Búscame un nido de urraca y te daré un batz.

Los muchachuelos se metían en los bosques, cogían fresas, descubrían huevos de alondra, y llegaban á decir al pobre hombre:

— Maese Block, venga el batz, que he encontrado el nido.

Y despues de haberse guardado el batz llevaban al viejo ante un nido de murciélago ó de cuervo y luego echaban á correr burlándose.

Uno de ellos, sin embargo, mas leal, le llevó por fin á un nido de urraca y hasta le hizo ver la madre que daba vueltas en torno del árbol.

Maese Pedro desconfiaba, pero pasó un cazador furtivo que le aseguró que era con efecto un nido de urraca.

Contentísimo con el descubrimiento ya no pensó mas que en el medio de proporcionarse una capa escarlata. Buscó largo tiempo y al cabo hubo de convencerse de que en todo Rottemburgo no habia mas que una capa escarlata, y era la de maese Hamerling, el verdugo.

Muchos días pasaron antes de que maese Block tuviese valor para ir á llamar á la puerta del formidable poseedor del ropaje escarlata.

Por fin se decidió, y maese Hamerling casi lisongeado de que uno de sus conciudadanos quisiese servirse de su traje de gala accedió gustoso.

Una vez con la capa, nuestro hombre comenzó la operación mágica.

Tapó bien el agujero por donde la urraca entraba y salía y sucedió todo lo que maese Blas habia dicho.

Cuando volvió la urraca, Pedro Block salió con rapidez de su escondite, extendió al pié del árbol la capa de color de sangre y la urraca espantada dejó caer la raíz, que por poco deja tuerto al pobre hombre, mas en aquel instante habria dado uno de sus ojos y la mitad del otro con tal de tener su talisman.

Al otro día se escapó de su casa.

V

UN NOVIO. — EL REGRESO.

Un mes despues de aquella misteriosa fuga que habia hecho llorar mucho á la pobre Lucía, llamaron una tarde á la puerta del almacen.

La madre abrió, y en vez de un parroquiano vió á un señor muy bien vestido, que la preguntó cómo estaba y cómo estaba su hija.

La mujer ya sospechó que no se trataba de ella; sin embargo, invitó al joven á que entrara, le hizo sentar y le suplicó la dijera lo que queria.

El caballero respondió con aire singular, que tenia que hacer un encargo á la diestra bordadora, cuya fama se habia extendido en toda la Alemania.

La madre llamó á la hija que dejó la labor y se presentó al instante; pero en cuanto vió al joven se sonrojó y bajó los ojos.

El joven la tomó una mano que ella en vano quiso retirar, y la miró con ternura, lo que aumentó su confusión.

A punto de dirigirla la palabra, ella se lo impidió diciéndole:

— ¡ Ah! ¡ Fridolin! ¿ De dónde venís? os creía á cien leguas de mí. Conocéis mis intenciones. ¿ Por qué venís á atormentarme?

— Querida Lucía, contestó el joven, ha cambiado mi suerte; ya no soy el pobre Kuntz. Ha muerto un pariente dejándome toda su fortuna y hoy puedo aspirar á tu mano.

Los hermosos ojos de la hermosa Lucía se alzaron con sorpresa; á su linda boca se asomó una graciosa sonrisa y miró de reojo á su madre que estaba atónita y preguntándose quién podia ser aquel joven.

— ¿ En dónde habré visto á mi hija? se decía, ¿ cómo se habrán conocido?

Y comenzaba á hacerse la sabia aunque tardía reflexión de que habria obrado mejor

IV.

LA RAIZ MÁGICA.

Sentado en su rincón maese Pedro habia escuchado atentamente la historia del anciano Martin sin perder siquiera una palabra. Sin embargo, no experimentó otro placer que el que se siente oyendo cuentos maravillosos.

Pero otra cosa fué cuando el vecino Blas descubrió el secreto para proporcionarse la raíz mágica, con el acento y ademán de un hombre tan convencido que el alma del exfondista se conmovió hasta lo mas recóndito.

Naturalmente no era codicioso; pero su condición de bestia de carga era bien dura.

¡ Si pudiera volver á ser hombre y dotar á su hija! Bien se le podia permitir tan justa ambición.

La imaginación de Block se exaltó por grados y mientras escuchaba con la cabeza en las manos las últimas palabras de los pastores. Ya habia tomado la firme resolución de intentar la expedición del Hartz.

Volvió á su casa casi tan contento como si hubiese descubierto el famoso vellecino de oro.

Sin embargo, cuando subía á su misero cuarto, una triste reflexión calmó sus transportes.

Necesitaba la raíz mágica y por la Santa Egida las urracas no hacen todavía sos nidos.

Acostóse, pues, pero no pudo dormir.



Un regalo misterioso.





derlas conmigo. No os permito que me trateis con esa franqueza.

— Veo que os ha aca-lorado el camino. ¿Ha-beis venido muy aprisa? Hacedme el favor de sentaros. ¿Puedo to-marme la libertad de pre-guntar quién es este amigo?

— Es un hombre de bien y nada mas, res-pondió M. Haredale.

— Caballero, me lla-mo Gabriel Varden, dijo el herrero.

— Un apreciable ar-tesano, dijo M. Ches-ter, un apreciable ar-tesano de quien he oido hablar muchas veces á mi hijo Eduar-do, y que tenia muchos deseos de ver. Varden, amigo mio, me alegro de conoceros. Os ad-mirará mucho encon-trarme aquí ¿no es cierto? dijo volviéndose con indolencia hácia M. Haredale. Confesad-lo; os admira.

M. Haredale le miró (no era por cierto muy amistosa la mirada) se sonrió y permaneció silencioso.

— Muy pronto va á descubrirse el misterio, dijo M. Chester. Dignaos venir hácia ese lado. ¿Recordais nues-tro pequeño convenio relativo á Eduardo y á vuesa-tra amada sobrina? ¿Recordais la lista de los que les ayudaban en su inocente intriga? ¿Recordais que Bernabé y su madre figuraban entre ellos? Pues dadme y daos la enhorabuena; he comprado su partida.

— ¿Qué habeis hecho?

— ¿No aprobais mi ardid? He creido necesario to-mar algunas medidas activas para poner término á los amorios de esos muchachos, y he principiado por alejar á dos de sus agentes. ¿Os sorprende? ¿Quién puede resistir á la influencia del oro? Lo necesitaban y he comprado su viaje. Nada debemos temer de ellos. Han partido.

— ¡Han partido! repitió M. Haredale. ¿A dónde? — Querido amigo, permitid que os diga que es tan cierto que no lo sé como que nunca os he visto tan rejuvenecido como hoy. El mismo Colon se veria en apuros para descubrir su paradero. Hablando entre nosotros, creo que tienen razones ocultas, pero sobre este punto les he prometido el secreto. Sé que la viuda os ha dado una cita para esta noche, pero le ha parecido que ciertos inconvenientes le impedian cumplir su palabra. Aquí teneis la llave de la puerta. Temo que os parezca demasiado enorme y pesada, pero como la casa es vuestra, vuestra natural bondad me perdonará, Haredale, que os cargue con una alhaja tan in-cómoda.

## XXVII.

M. Haredale permaneció inmóvil y con la llave en la mano, mirando á M. Chester y á Gabriel Varden, y dirigiendo á veces su mirada hácia la llave como si esperase que le iba á hacer penetrar el misterio, hasta que M. Chester, poniéndose el sombrero y los guantes, le hizo volver en sí preguntándole si seguian la misma direccion.

— No, dijo, ya sabeis que nuestros caminos son muy opuestos. Por ahora, me quedo aquí.

— Muy mal hecho, Haredale; esta casa es muy triste y os va á poner de mal humor. Es el sitio peor para un carácter tan tétrico como el vuestro. Si os quedais, os vais á morir de tristeza.

— No importa, dijo M. Haredale sentándose. Hacedme el favor de



LA GUERRA CIVIL. — Distribucion de alimentos á los habitantes de Neuilly.



Muchacha cargada de perros.



Habitantes de Neuilly entrando en Paris por la puerta de Ternes.

creerlo. ¡ Buenas noches!

M. Chester, haciendo ver que no habia reparado en el brusco movimiento que mas que un adios amistoso era una despedida imperiosa, contestó con expresion cariñosa, y despues preguntó á Gabriel por qué lado se dirigia.

— Seria demasiado honor para un hombre como yo seguir el mismo camino que vos, respondió Gabriel vacilando.

— Desearia que os quedárais aquí un momento, Varden, dijo M. Haredale sin mirales. Tengo que deciros dos palabras.

(Se continuará.)

## La evacuacion

DE NEULLY.

El armisticio de ocho horas que concedió el gobierno no pudo ser otra cosa que un paliativo para las calamidades que han caido sobre esa localidad. El bombardeo que redobló de intensidad, hizo la situacion de los habitantes intolerable. Se hablaba de casas que se encontraban en la absoluta imposibilidad de recibir alimentos; en otras, como puede verse en uno de nuestros dibujos (pág. 341), habia cadáveres insepultos; y se citaban entierros hechos de noche por padres y maridos, obligados á llevar á hombros al campo santo á sus mujeres y sus hijos, sin féretro.

¡ Horribles relaciones!...

En tan espantosa crisis el general Dombrowski invitó al alcalde de Neuilly á hacer evacuar el pueblo en veinte y cuatro horas, advirtiéndole á los habitantes, que si no obedecian, tomara contra ellos medidas de rigor.

El aviso es del 29 de abril y casi toda la poblacion de Neuilly abandonó casas que habian llegado á ser inhabitables.

Consagramos en uno de nuestros dibujos tan terrible recuerdo.

Nada mas lamentable que aquella evacuacion precipitada, forzosa, llena de peligros. ¡ Quién podrá sondar jamás el insondable abismo de tantas miserias.

Lo mas curioso de las mudanzas fué la de un hombre muy original llamado Roberto Bult, muy conocido en Neuilly por el *père Bob*, y que criaba y cuidaba perros de lujo.

Bob tenia dos casas, una en la avenida de la Grande Armée y otra en Puteaux que reservaba para los perros de caza. Añadiremos que á su coleccion canina añadia Bob un loro que jugaba al dominó, una urraca muy charlatana y un admirable poney que hacia al trote diez y seis kilómetros por hora.

La casa del pobre Bob situada en la avenida de la Grande Armée ha tenido muy mala suerte. La chimenea de una casa contigua se desplomó sobre el establo del poney, aunque sin hacer daño á la preciosa montura. Las colecciones de perros estaban en la cueva, el refugio de todos los infelices bombardeados. Pero este abrigo no bastaba ya, y Bob, como sus vecinos ha tenido que buscar en Paris alojamiento para sus queridos animales.

P. P.